

BAIX EBRE | RESIDIA A TORTOSA HABITUALMENT DES QUE ES VA RETIRAR

EL DETALL

Excursionista pels Ports

■ Els qui van conèixer el cardenal en destaquen el seu amor per les Terres de l'Ebre i la seva afició per la muntanya, fets que el van convertir en un enamorat de la seralada dels Ports, on sovint hi havia fet sortides i excursions.



la Santa Creu de Jesús, on va rebre la visita de moltes persones, des del seu amic Antonio María Rouco Varela a les monges de congregacions presents a la ciutat. «Era un home de Déu», el recordava amb llàgrimes als ulls la germana de la Consolació Maria Rosa Pérez.

Molts dels qui ahir recordaven la seva figura remarcaven l'alè de «joventut» i «innovació» que va aportar a la diòcesi de Tortosa quan en va ser nomenat bisbe, en comparació amb el seu predecessor. Un fet que contrasta amb la seva vessant conservadora que es va posar de relleu sobretot en la seva etapa a Barcelona, quan va topar amb sectors més catalanistes de l'Església. «És curiós perquè mentre uns el titllaven de conservador, d'altres el veien com un avançat. Sobretot, era una persona senzilla», afirmà Paquita Blasco.

EL PERFIL

PER **SALVADOR ARAGONÉS**
Doctor en Periodismo
y profesor emérito
de la UIC



El fallecimiento del cardenal Ricard Maria Carles Gordó, a los 87 años, me plantea la memoria de mis encuentros con él, siendo el cardenal Carles arzobispo de Barcelona. Nadie apostaba por el cardenal Carles, nacido en Valencia, como arzobispo de Barcelona en sustitución del también cardenal Narcís Jubany, un hombre de talante nacionalista catalán que dejaba la diócesis de Barcelona con problemas diversos dada su dimensión y la pluralidad de expresiones que existían en el clero.

Había presiones en el Vaticano desde distintas instancias, tanto religiosas como políticas: la Generalitat que presidía Jordi Pujol mantuvo distintos contactos en Roma y con la Nunciatura de Madrid. Así como con los obispos catalanes, para que el arzobispo de Barcelona fuera un catalán o amigo de Catalunya. Recuerdo que el arzobispo y obispo de La Seu d'Urgell, Joan Martí Alanís, que era a su vez portavoz de los obispos catalanes, mantuvo algunas reuniones con distintas personalidades del mundo de la cultura, social y periodística de la ciudad condal.

En una de estas reuniones estuve y se trató fundamentalmente del nombramiento del arzobispo de Barcelona. Y por vez primera entendí claramente que el obispo de Tortosa, Ricard Maria Carles, estaba en la terna para su nombramiento por parte del papa Juan Pablo II. El obispo Martí Alanís, persona simpática y aire popular (nacido en El Millà, Tarragona) supo «colocar» muy bien al obispo Carles, que aunque valenciano de nacimiento llevaba ya 21 años siendo obispo de una diócesis a caballo entre las Terres de l'Ebre y el norte de Castellón, con todo el Maestrazgo. La diócesis estaba tranquila, el seminario funcionaba bien y, además, como corresponde a los obispos de Tortosa, tenía concedido por el cargo el capelo cardinalicio (solo el capelo, no la dignidad), en memoria del papa holandés Adriano VI, natural de Utrecht, que había sido obispo de Tortosa.

Un sacerdote bueno



Ricard Maria Carles, en la presa de possessió del nou bisbe de Tortosa, Vicent Benavent, l'estiu passat. FOTO: PERE FERRÉ

El cardenal Carles no había levantado titulares en la prensa y se le consideraba un hombre piadoso. El hecho de no ser catalán Jordi Pujol zanjó el tema diciendo: «¿pero habla y entiende el catalán, no? ¡Entonces!». Así fue como en marzo de 1990 el obispo de Tortosa fue trasladado a la sede arzobispal de Barcelona.

Desde el primer momento no lo tuvo difícil. Él era consciente que la gran diferencia entre las diócesis de Tortosa y Barcelona. Esta última era muy grande y problemática, por lo que inició el estudio de la partición de la archidiócesis en tres, de modo que Barcelona, como sede metropolitana, tuviera dos diócesis sufragáneas. Esta partición se llevó a cabo en

el pontificado del actual cardenal Lluís Martínez Sistach, ante la sorpresa general, porque había muchas reticencias en esta división. Al mismo tiempo se nombraron los obispos de las dos nuevas diócesis, Terrassa y Sant Feliu de Llobregat.

Mientras tanto el papa Juan Pablo II había elevado al cardenalato al arzobispo Carles y lo nombró miembro del Consejo de Cardenales para Asuntos Económicos y Organizativos. Al principio de su pontificado en Barcelona, el arzobispo Carles reunió en torno suyo a un equipo plural, pero con el tiempo y ante las divergencias surgidas, fue decantándose hacia posiciones más cercanas a la línea de Juan Pablo II. Algunos sectores

del clero y organizaciones de base le criticaron por no ser nacionalista catalán, y tener un talante conservador. Los distintos nombramientos de obispos auxiliares y su influencia en Roma, donde era escuchada su voz para los candidatos al episcopado en Catalunya, no gustaron mucho a estos grupos y recibió muchas críticas. Un día me dijo, en su despacho, que «he sido el obispo que más obispos de Catalunya he conseguido», tanto en la promoción de sacerdotes al episcopado como el traslado de sus obispos auxiliares a diócesis residenciales catalanas.

Presentó su dimisión al cumplir los 75 años, como es preceptivo en el Derecho Canónico, en 2001, pero el papa Juan Pablo II, que le tenía aprecio, no se la aceptó hasta el año 2004, a los 78 años. Pudo participar en el Cónclave de cardenales que eligió a Benedicto

La archidiócesis de Barcelona tal vez era grande para él, amante de espacios más íntimos

XVI y vivió el resto de su vida retirado.

El cardenal Carles era un gran entusiasta de las fallas valencianas, del canto –había sido solista en una coral– al teatro y al color y a la luz del Mediterráneo, como valenciano y como persona que había vivido tan intensamente esta sensibilidad mediterránea. Era un hombre piadoso, un buen sacerdote y también un sacerdote bueno. La archidiócesis de Barcelona tal vez era muy grande para él, amante de espacios más íntimos. A pesar de las polémicas recibió una calurosa despedida en una misa en la basílica de Santa María del Mar, llena a rebosear de fieles agradecidos del trabajo realizado en Barcelona. Cardenal Ricard Maria Carles Gordó, un sacerdote bueno, que descansase en paz en su tierra valenciana.

LA BIOGRAFIA

Cardenal elector a la Santa Seu

■ Ricard Maria Carles Gordó va néixer a València el 24 de setembre de 1926. Va realitzar estudis primaris a l'escola de les Teresianes i secundaris a la de San José dels Pares Jesuïtes, totes dues a la seva ciutat natal. Va ingressar al Seminari Major de València i a la vegada al Col·legi del Corpus Christi, també nomenat 'del Patriarca'. El 29 de juny de 1951 va ser ordenat sacerdot i dos anys després es va llicenciar en Dret

Canònic a la Universitat Pontifícia de Salamanca. El mateix any de 1953 va ser nomenat rector i arxiprest de Tavernes de la Valldigna.

El 1969 va ser nomenat bisbe de Tortosa i el 1990 es va situar al capdavant de l'arquebisbat de Barcelona, del qual va promoure la partició.

Cardenal des del 1994, l'any següent el papa Joan Pau II el va nomenar membre del consell de car-

denals per a l'estudi dels problemes econòmics i organitzatius de la Santa Seu.

Al llarg del seu mandat al capdavant de l'arquebisbat de Barcelona es va distingir per les seves postures conservadores, que el van enfrontar amb els cercles cristians de base i els teòlegs progressistes de Catalunya.

L'any 2001 i d'acord amb el que preveu el dret canònic, va pre-

sentar la dimissió del seu càrrec arquebisbal, que no li va ser acceptada fins al 15 de juny del 2004. Quan va complir 80 anys, el 2006, va perdre la condició de cardenal elector.

Ha publicat els llibres *Fe i cultura. Escrits pastorals* (1990), *Cartes de la vida estant* (1994), articles publicats en la premsa, i *La família, l'amor i la vida* (1998), entre d'altres.

